

MEMORIA presentada a la Facultad de Medicina para obtener el grado de Licenciado en dicha Facultad, por SANTOS HURTADO. Santiago, junio 4 de 1850.

DE LA ESPLORACION DE LAS ENFERMEDADES POR EL TEMPERAMENTO.

Señores:

Nada mas sencillo seria que el estudio de la medicina, si las numerosas enfermedades que aflijen la especie humana perteneciesen a una misma clase. Su curacion, que en la actualidad tanto cuesta a pesar de sus grandes adelantos, estaria al alcance de todos o al ménos del que se tomase el pequeño trabajo de estudiar el método de curar una enfermedad cualquiera, si los medios que se emplean fueran unos mismos para remediarlas. Pero, desde que nos ha mostrado la esperiencia que las afecciones mórbidas son tan variadas como los individuos de la especie; i desde que la observacion nos ha conducido a considerar esta variedad orijinada no tanto de las causas patojénicas, pues que estas pueden ser unas mismas, cuanto de las circunstancias particulares de los individuos en quienes enjendran las distintas dolencias, no podemos ménos que contemplar en una serie de fenómenos las mas veces raros, califican los elementos constitutivos de cada uno de los que formamos esta grande especie del jénero humano. En efecto, el laberinto en que encierran al médico el clima i las temperaturas, los temperamentos i las idiocincracias, como los hábitos, sin contar con el poderoso modificador de nuestra existencia; las afecciones del alma es una impenetrable barrera que muchas veces le impide divisar el horizonte de la patolojia, para circunscribir o mas bien diagnosticar una enfermedad no pocas veces complicada con incurables males. Si el médico en la investigacion de las enfermedades no tuviese una guia que le condujera hasta poder distinguir las diversas dolencias que nos aflijen para despues tratarlas con acierto, nada mas comun seria que incurrir en errores groseros que darian por resultado la muerte; i la medicina entonces habria cambiado su objeto.

Si el objeto de la medicina es curar, no en fuerza de los medicamentos tanto cuanto en auxiliar a la naturaleza como mejor conveuga, preciso es que el observador apoye su raciocinio sobre una segura base desde donde pueda descubrir el jiro de la organizacion. Imposible es penetrar hasta el corazon de las enfermedades que tumultuosamente ajitan nuestra máquina, cerrada a todo material sin que primero se reconozcan uno en pos de otro los numerosos satélites que la guardan, o por mejor decir, le dan una existencia particular. Cualquiera que sea el punto de residencia del hombre, siempre estará rodeado de estos agentes que a la vez que le conservan, contra él se convierten cuando es arrastrado por excesos. Tal es el primer elemento de la vida, el aire atmosférico, i tales son tambien los hábitos que modifican nuestra constitucion hasta hacerla distinta de lo que fué en su orijen. Todos sabemos que a la

justa proporción de los gases constituyentes del aire atmosférico se debe la hematosís fisiológica; i que la mezcla de cualquiera otro gas inconveniente a la respiración, basta para hacerlo nocivo. La experiencia, por otra parte, enseña que un hábito repentinamente interrumpido predispone a algunas enfermedades tan solo curables por la reincidencia en lo que se ha creído perjudicial acaso a la salud. No con sobrada razón se ha dicho que el hombre es cosmopolita, porque para llegar a aclimatarse se necesita algunas precauciones, sin las que ciertamente perecería.

Si todas estas inmediatas conexiones hacen cambiar la existencia individual, si por ellas el hombre dá a su sangre un nuevo impulso i con esto se ocasiona una mudanza en su economía, claro está que su talla i fisonomía, o por mejor decir, su temperamento, participara tambien de estas ventajas. El temperamento, en mi entender, es el indicativo mejor de lo que sucede en lo interior de nuestra máquina; él, a primera vista, manifiesta la preponderancia de algunos de los sistemas del cuerpo humano, i señala en globo o conduce como por la mano a descubrir el tipo de las enfermedades. Esta cubierta exterior del hombre en que se retratan tambien las afecciones del alma, abre al médico el camino que debe seguir en el tratamiento de sus dolencias, i prepara las premisas de un juicio en la diagnóstico i pronóstico. Es, en suma, el antejo tras del que, con ayuda de la fisiología, se divisan los desórdenes mórbidos que nunca dejarán de pertenecer a la naturaleza del temperamento en que se produce.

Para demostrar claramente esta verdad, me basta reconocer que por muy profundo que se haya hecho el estudio de la medicina, nunca el teórico habrá avanzado un paso, sin que apoye su teoría en la observación; pero no una observación aislada i abstracta de la que no resulta bien alguno, sino fundada en el previo conocimiento de la constitución que vá a curar. Por esto me parece una manía el aglomerar en la cabeza síntomas quizá los mas inconducentes a la averiguación de la enfermedad; porque es indudable que con solo el auxilio de la sintomatología se puede fácilmente herrar. No creo necesario apoyar con ejemplos esta doctrina, porque es un problema ya resuelto de que un síntoma no es una enfermedad que se reconoce por unos mismos síntomas desde que estos son indicativos de afecciones distintas. Es en vano que retenga en la memoria cuántas enfermedades hasta aquí conocemos; i envano es que el médico al penetrar en lo interior del cuerpo, no trate de hacerlo por medio del temperamento que es la puerta de este laberinto misterioso del hombre. Envano es todo esto, repito, si se considera que las innumerables dolencias jiran por el círculo que les trazan los diferentes temperamentos. Un aire frio, por ejemplo, obrando de un mismo modo en la respiración producirá una neumonía en las personas sanguíneas, un catarro pulmonal en las leucoclezmáticas, i un asma en las nerviosas. De lo que se infiere, que unas mismas causas producen diferentes efectos, los que son exclusivamente modificados por los temperamentos.

Cuatro son hasta aquí los temperamentos simples conocidos, de cuya unión resultan los temperamentos compuestos que a mi ver son los que marcan las diferencias de los individuos junto con las modificaciones obradas en ellos por los incidentes de los climas, temperaturas, etc. La particular predisposición que hai en unos para aumentar su sangre i en otros la linfa, i en otros, en fin, la bilis, sin echar en olvido la susceptibilidad nerviosa de las personas sensibles, manifiesta que la estructura del cuerpo, aunque siempre es una misma, varía en sus funciones por la preponderancia de acción que ejerce en cada uno de ellos. El aparato de órganos destinados a esta sobre-exitacion, es siempre el primero que sufre en el desarrollo de una enfermedad, la que por complicada que sea, nunca dejará de manifestar su carácter primitivo; i tengo para mí, que toda complicación está sometida a las afecciones nacidas de la predisposición natural o del temperamento. Una epidemia, al ejercer

su maléfica influencia obra en todos de un mismo modo; i parece que por esta simultaneidad de accion produjese unos mismos efectos; pero vemos que en unos se desarrolla con sintomas inflamatorios; en otros con sintomas adinámicos; en estos con sintomas nerviosos; i en aquellos con atáxicos. En fin, en todos se pone en accion mórbida los órganos que marchan como de vanguardia en la carrera de la vida.

No hai, hablando en jeneral, i sin considerar las enfermedades llamadas especificas, sintoma alguno propiamente patognomónico, es decir, indicativo del tipo de una enfermedad cualquiera, porque todos son relativos al temperamento de cada cual. La concomitancia del dolor del hipocondrio derecho con el del hombro del mismo lado, nos señala, por lo comun, una hepatitis, pero esto no basta para caracterizar la afeccion, porque tanto puede ser una inflamacion activa como una sub-inflamacion, tanto una irritacion como una neurosis o neuralgia; i en fin, puede ser tan solo un simple infarto glandular. Toda la patologia está sometida al temperamento, desde la semeyótica hasta la sintoma tolojía; i desde la diagnóstico hasta la prognósis; iuclosa la terapéutica, todo está cerrado con llave maestra, sin la que el médico no puede hacer pasear su cerebro por el centro del organismo.

Como no es posible concebir que una persona esté enteramente dominada por un temperamento elemental, sin que mas o ménos luego sea vietima; pues que entonces no habria equilibrio alguno, preciso es que nos fijemos en los temperamentos mistos, los que a la vez que conservan la salud en el estado fisiológico, prolongan el curso de las enfermedades en el patológico. Pero en esta mixtion que hace tan oscuro el arte de curar, máxime cuando inveterados hábitos lo complican, siempre hai uno que predomina i aclara las dificultades que por lo regular embarazan la investigadora marcha del médico. De modo que en todas ocasiones es el estudio del temperamento i no el conocimiento teórico solamente de las enfermedades el que ilustra i resuelve a adoptar un tratamiento conveniente para llevar a cabo sus miras. Sin esta brújula se perderia el médico en conjeturas, que léjos de ponerlo a camino para una esploracion prolija, se le harian irrealizables sus deseos de llegar aun a formar una verdadera diagnóstico, sin la que es imposible curar.

Costando nuestro cuerpo de sólidos i líquidos, i siendo dominados todos por la sensibilidad i la irritabilidad que son la clave del laboratorio fisico del hombre, es absolutamente indispensable apreciar su aumento o disminucion en cada uno de los individuos, o mas bien, la mas o ménos enerjía de su vida; porque del poder relativo de estos dos agentes nacen los temperamentos. Así es que, del poder sobresaliente de una sangre rica nace el temperamento sanguineo, el que siempre dará lugar a las fiebres inflamatorias simples i complicadas. La extraordinaria irritabilidad del sistema linfático formará el temperamento de este nombre i dará lugar a la formacion de las numerosas enfermedades en que predominan los humores blancos; i en fin, la demasiada exitabilidad de los sistemas nerviosos i hépático, es lo que desarrolla las enfermedades propias a cada uno de estos temperamentos. La sensibilidad i la irritabilidad, son, pues, cualidades calificables o mas eficientes de los temperamentos, en cuyo desórden no solo consiste esencialmente la patologia, sino que dirijen la atencion del médico hácia el sistema de órganos que sufre, bosquejándole así la naturaleza de la afeccion.

Pero para llegar al conocimiento perfecto de una enfermedad o para curarla debemos consultar los agentes modificadores de los temperamentos: cuales son el clima i las temperaturas, las idiosincracias i los hábitos. En efecto, las variaciones que se notan en los diferentes individuos de un mismo temperamento o las que se llaman constituciones no pueden ser sino el resultado del influjo de alguno de estos cuatro colaboradores de la economía animal. Los climas que, perfeccionan por decirlo así, a naturaleza individual dándola unas mismas propensiones fisicas i morales, son

muy distintos en sus modos de obrar: i por solo este hecho, no pueden ménos que imprimir notables mudanzas en los individuos que se trasportan de uno a otro. No porque el hombre sea cosmopolita debemos entender que en los nuevos climas adonde se trasporta puede seguir impugnemente el impulso de sus inclinaciones sin que se esponga a hacer victima; porque es muy sabido que para aclimatarse necesita un trascurso de tiempo en que una metódica vida prepare la crisis en que va a entrar. Las crisis climatáricas, esto es con relacion a los individuos, no son el efecto inmediato de la influencia del clima; sino el resultado inmediato de su lenta operacion por la que suceden imperceptibles mudanzas que al fin producen un completo cambio. De modo que los individuos sometidos al influjo de un clima en el que no se han aclimatado aun i reciben una enfermedad sufrirán no tanto por la afeccion que puede ser trivial cuanto por las circunstancias agravantes orijinadas de las nuevas causas inmediatas que es preciso consultar para poder curar. Los temperamentos en estas situaciones dificiles excitan por decirlo así; porque poco a poco van dejando de ser lo que fueron i no es posible tratarlos con la misma franqueza con que se tratarian en los casos ordinarios o de aclimatamiento.

Las diferentes localidades que se notan en una misma latitud, son las que hacen la atmósfera variable i dan origen a las temperaturas. La topografia de los lugares cuyos limites no pueden ser en todos unos mismos desde que es imposible que en todos se reproduzcan los mismos objetos, no dice que imprimen en los temperamentos mudanzas radicales como lo hacen los climas; pero si los vigoriza modificando las constituciones. Es un hecho, que hai ciertos temperamentos acomodados a ciertas temperaturas o mas claro que de individuos de un mismo temperamento, reciben unos la salud de la temperatura que a otros hace daño. De modo que hablando con propiedad podemos decir, que las temperaturas afectan a las constituciones como los climas a los temperamentos. En este concepto es errada la opinion de algunos entre ellos la del señor Levy que consideran las temperaturas como otros tantos climas multiplicándolos así hasta lo infinito. La industria puede fertilizar un terreno que ántes era árido produciendo con esto un notable cambio en la temperatura del lugar; pero no por esto se dirá con exactitud que el clima de dicho lugar ha variado. En fin todos sabemos que enfermedades rebeldes se curan con lo que el vulgo llama temperamento nuevo, i con razon porque mejorándose la constitucion demarcada se rejuvenese el temperamento.

La idiocincracia es el tercer modificador de los temperamentos porque cada uno de estos desarrolla en los individuos propensiones físicas particulares a las que tienen que obedecer irresistiblemente. Esta predisposicion tiene una relacion intima con los temperamentos, por lo que algunos le han tenido como sinónimo, pero debemos tener presente que el temperamento nace, i la idiocincracia se forma con el ejercicio de sus naturales, i peculiares inclinaciones o mas bien es el efecto de la causa. Para curar con acierto se necesita consultar la idiocincracia porque sin este previo conocimiento podriamos equivocarnos muchas veces en atencion a que la naturaleza no puede resistir al impulso de sus deseos a cuya satisfaccion está acostumbrada. La idiocincracia como subsiguiente al temperamento señala al médico la clase de medicamentos que debe emplear en el tratamiento de cualquier dolencia, i lo prepara a corregirlas con antiespasmódicos cuando son nerviosas, con antiflogísticos cuando son inflamatorias, confundentes i anti ácidos cuando son viliosas i en fin con anti-septicos cuando son ataxicas. La idiocincracia nutre ciertos órganos de la economia que siendo hipertrofias fisiológicas como las llama el señor Andral ha de ser indispensablemente notada por el médico para los grandes fines del arte de curar. La idiocincracia pues anda en pos de los temperamentos; para sustentarlos porque debemós

concederla no solo como un alimento en el estado fisiológico sino como un remedio en el patológico.

Si la hidiocinracia es la obra esclusiva del temperamento:—si está sometida necesariamente a las leyes de la incontinencia por cuanto son irresistibles los actos que demanda este, no es así el hábito en cuya formación entra como parte integrante la costumbre que se adquiere en fuerza de la repetición de unos mismos actos i no en virtud de una necesidad conyénita. El hábito tiene algunos puntos de contacto con la idiocinracia, por cuanto ambos tienden a conservar la salud i por consiguiente a sostener el carácter del temperamento con la diferencia que aquel lo modifica en fuerza de una costumbre adquirida que puede ser distinta de las propensiones propias del temperamento i esta su preciso resultado. El hábito regulariza o equilibra las funciones de los órganos templando la exaltación de unos e impulsando el ejercicio de otras: de modo que perfecciona la constitución tanto moral como física e intelectual de los individuos. Esta consideración del hábito no puede ménos que influir poderosamente en la calidad del temperamento que de irritable puede hacerse pasivo por la continuación de los medios de destemplanza i vice versa, sacar de la inacción los temperamentos flemáticos por la repetición de los medios conducentes. De modo que los cuatro modificadores en los temperamentos, ninguno es mas propio ni mas eficaz que el hábito. En efecto, el hábito que en el sentir de todos es una segunda naturaleza debe fijar el médico el punto de sus observaciones desde donde puede presenciar con solo este auxilio la marcha de las enfermedades para llevarlas a una feliz terminación.

Estos cuatro calificativos de los temperamentos forman casi en su totalidad el estudio de la higiene cuya importancia en la práctica de la medicina está de manifiesto en las numerosas curaciones conseguidas por estos medios. La Farmacología ante la que algunos han creído se rinden todas las enfermedades es insuficiente por sí cuando se pretenden curar sin el recurso de la higiene que es el remedio mas adecuado a los temperamentos. De nada serviría que en la curación de una enfermedad se emplean los mas eficaces remedios, sino se pusiesen en práctica algunos de los preceptos de este precioso arte: de nada serviría, repito, que confiado tan solo en el uso de los medicamentos, descuidásemos de la importante indicación de satisfacer las exigencias de los temperamentos: la muerte sería por lo comun el resultado de este equivocado método i la mas noble de las ciencias léjos de tener el santo objeto de aliviar las dolencias se tendría como el arte seguro de asesinar al jénero humano.—Un caso práctico.

El día 20 de Agosto del año 1848 entró al hospital de San Juan de Dios a la sala de San Rafael número 70, un enfermo llamado Francisco Mendoza, edad 50 años, temperamento linfático sanguíneo, diciendo que a consecuencia de exceso de bebidas alcólicas que tubo el 14 del presente mes le sobrevino una lepría i en su casa le administraron varios remedios como aguardiente i estiércol de caballo, i cáscaras de Naranja todo herbido, con lo que desaparecieron los síntomas de la enfermedad, pero inmediatamente despues de este accidente, se sintió con imposibilidad de esperar la orina i defecar i permaneció cuatro dias en su casa i determinó venirse al hospital, i entónces presentó los síntomas siguientes; su estado jeneral no era alarmante, el enfermo se encontraba tranquilo solo con un poco de dolor en el hipogastrio, la lengua cubierta de una lijera crápula blanquisca, su respiración no presentaba nada de particular, el pulso un poco pequeño i deprimido, el apetito casi nulo, un poco de sed; en medio de estos síntomas de poca importancia, lo que mas llamó mi atención fué, que el enfermo, como he dicho, ántes me aseguró no orinaba ni defecaba, preguntándole si habia padecido de gorrca u otra enfermedad venérea, me respondió que nó; i no observando abultamiento de la vejiga ni muchos descos de satisfacer esta

necesidad se le introdujo la sonda en la vejiga, i no saliendo la mas corta cantidad de orina se creyó entonces fuese alguna falta de secrecion de los riñones, para lo cual se le administró lo siguiente:

VP ol. ricini una onza. . .
Berat sodo gr. iv.
Carbonatis ammonio gr. iij.

M.

Un baño tibio i agua de linasa a pasto.

Al dia siguiente presentó los mismos síntomas, un poco mas exajerados, se le administró un cosimiento diurético i un enema laxante.

Al tercer dia los sintomas se habian exasperado mucho, su estado era algo alarmante, la sed mui viva, el apetito enteramente nulo, la respiracion un poco ajitada, el abdómen un poco mas abultado, el pulso cada vez mas pequeño i deprimido; i creyendose entónces que la falta de secrecion de la orina dependia de alguna debilidad o paralizacion del sistema nervioso, se le administraron los polvos de nuez vomica en dócis de medio grano dos veces al dia, i en la tarde un baño tibio i el cociamiento indicado con unas gotas de éter, i una untura estimulante a la columna vertebral.

Al cuarto dia, todos los sintomas se habian exasperado mas, i se le administraron los mismos medicamentos, ménos el baño.

Al quinto dia, su respiracion era ya estertorosa, un sudor frio i pegajoso, una grande inquietud i el pulso mui pequeño, se le administraron cordiales i a las dos de la tarde murió.

La autopsia hecha al dia despues, nos dió por resultado lo siguiente: En el abdómen una gran cantidad de tejido adiposo que cubria todos los órganos contenidos en esta cavidad, la vejiga mui reducida en su volúmen i algo aumentada en su espesor por la enorme cantidad de tejido adiposo que cubria su cara externa, i no contenia la mas pequeña cantidad de orina; su superficie interna o membrana mucosa inflamada, estaba lleno de flictenas de formas irregulares, conteniendo en su interior una sustancia parecida a la linfa coagulada, la forma del trigono bexical habia desaparecido, el uréter derecho se encontraba en su estado natural, i el izquierdo del grosor del dedo minique contenia en su interior una gran cantidad de orina, i una pulgada ántes de la llegada al ángulo del trigono vexical presentaba una estrechez que hacia imposible la llegada de la orina a la vejiga, su cara interna estaba inflamada.

El riñon derecho estaba completamente transformado en tejido adiposo, i en medio de este tejido aparecia una sustancia granulosa compacta, que parecia ser restos del riñon, e infiltrado de orina que salia cuando se hacian incisiones sobre él, el izquierdo hipertrofiado i su sustancia sembrada de agujeritos i como compuesta de pequeños granitos que hacian desaparecer la forma propia del riñon. El corazon tambien estaba hipertrofiado, el estómago estaba lleno de líquidos, i su membrana interna inflamada i se desprendia con facilidad.